

ESCENAS JUNTO AL MURO

Carlos Cerda^{*}

El autor de *Morir en Berlín* regresa a Berlín después de diez años de ausencia. Su mirada tropieza con la realidad de un país (la ex RDA) que ahora sólo existe en la memoria de quienes lo conocieron. Caminos que ya no existen, bares y lugares que ya no están o son otra cosa. La euforia de los más ingenuos contrasta con la frustración generalizada de quienes se topan con dificultades crecientes para mantener apenas los niveles de vida alcanzados en décadas de duro trabajo. Sin embargo, Berlín sigue siendo una ciudad vital, así como un explosivo mosaico de nacionalidades y de culturas. A juicio del autor, de la tolerancia que hace posible esa diversidad dependen la creatividad, la pujanza y la personalidad de la Alemania del futuro.

1. Los libros

Voy a empezar hablando de libros. Mal que mal estos son los apuntes de un lector empedernido que vivió doce años en la RDA, que

^{*} CARLOS CERDA. Realizó estudios de Filosofía en la Universidad de Chile y posteriormente se doctoró en la Universidad de Humboldt (Berlín). Escritor y ensayista, es autor de la novela *Morir en Berlín* (1993); de las obras de teatro *Lo que está en el aire* (1987), *Residencia en las nubes* (1988) y *Este domingo* (1990), estrenadas todas por la compañía de teatro ICTUS; y del libro *José Donoso: Originales y metáforas* (ensayo, 1988).

volvió primero a su país y diez años después al otro, al que hoy sólo existe en el recuerdo de quienes lo habitaron. Sé que en mi caso ambas experiencias están marcadas definitivamente por los libros; tanto por los que leí en mi juventud y que me orientaron en la dirección que concluyó en el exilio, como por los que me acompañaron en la etapa posterior, los que me han permitido reconocer mis errores de entonces y también reafirmar mis utopías no derrotadas.

Estas son notas de viaje, impresiones, recuerdo de espacios y voces amigas, palabras más cerca de la pregunta que de la afirmación, escuchadas desde muy adentro por alguien que abandonó un Berlín dividido por el muro y vuelve a un Berlín sin muro pero aún dividido.

Mirar de nuevo la avenida Unter den Linden, abrazar con la mirada desde la Puerta de Brandenburgo hasta la Alexanderplatz, fue como recordar un sueño. Allí se concentró una parte importante de mi vida. Durante diez años caminé esas veredas, cubiertas de hojas, de nieve, de nada, desde mi departamento de la Karl Liebknecht Strasse —calle que ha conservado su nombre en una prueba excepcional de tolerancia— hasta la Humboldt Universität. Un puente atraviesa la disminuida corriente del Spree. Desde allí se ve la espléndida arquitectura de una vía insólita, amplia, prolongando construcciones con las que se quiso crear en su tiempo el corazón de un imperio: la Biblioteca de la Academia de Ciencias, la Staat Oper, el Museo de Historia Alemana, la propia Universidad y todas sus antiguas dependencias, el Pergamon Museum, el Dom. Hacemos el recorrido con Mariana, mi mujer, mi compañía en este extraño retorno. Ella está sorprendida por este inesperado paisaje. Sin edificios que alteren su antigua grandeza, sin neón y sin vitrinas, la Unter den Linden sigue siendo lo que era, aunque acechen, aquí y allá, denunciadas por la presencia arrogante de las grúas, las amenazas de un cambio que haga tabla rasa de la historia.

Es la mañana de un sábado soleado y tibio de fines de octubre. Desde la estación del Zoo, la principal del antiguo Berlín occidental, hasta Friedrichstrasse, la puerta ferroviaria de la Europa socialista, el metro elevado no demora más de diez minutos. Durante treinta años entre esos diez minutos existió el muro. Muchos murieron antes de volver a encontrarse con un ser querido que vivía a diez minutos de sus casas. Mariana se pega a la ventanilla del metro buscando las huellas del muro. Pero estas prácticamente no existen. Apenas, por aquí y por allá, un par de escombros que aún conservan el colorido de murales y graffitis olvidados. Hay que ir más allá de esos escombros para descubrir el muro. El otro muro, claro. El que sigue en pie. El que tardará años demoler.

Caminamos con ansiedad desde la estación Friedrichstrasse hasta la

Unter den Linden. Quiero reconocer lugares. Quiero ver, por ejemplo, el *Linden Corso*, restaurante muy formal y concurrido al mediodía y que por las noches se transformaba en un Tanz Bar inflamado por la música y los deseos —a veces consumados— de bailarines ansiosos de compañía. Está exactamente en la esquina de Unter den Linden con Friedrichstrasse. Mariana quiere verlo porque sabe que allí ocurre el capítulo de *Morir en Berlín* en que Lorena y su amiga tienen una escapada nocturna. Supongo que también quiere verlo, porque imagina mis propias anteriores caídas en el torbellino del baile y la aventura. Pero ni su deseo ni el mío pueden ser satisfechos. La esquina fue demolida. Ahora vemos allí enormes máquinas excavadoras. Hay mucho ruido y demasiado polvo; se construyen los cimientos del hotel de lujo que anticipa la imagen de un inmenso letrero.

Apenas recuperados de esta decepción, avanzamos con paso acelerado hacia el corazón de mis recuerdos berlineses, ese crisol donde convergen la Humboldt Universität, el Operncafé y la Stadt Bibliothek. Entramos a la Universidad como un religioso ingresaría a un templo al que no concurrí, por razones involuntarias, durante diez años. Como es sábado, no hay estudiantes. Pero en el patio delantero, un amplio patio de adoquines adecuado a la solemne semblanza del frontis, nos sorprende una curiosa incongruencia, algo que jamás vi ni imaginé en mis tiempos de docente: un gran mesón armado sobre varios caballetes y cubierto por una infinita cantidad de libros. ¿Qué era eso? ¿La biblioteca de la Universidad al servicio del público los sábados? ¿Una pequeña feria del libro? ¿La revolución cultural con sello de Occidente? Al acercarnos vimos a un hombre obeso, condenado a su silla de ruedas, que nos sonrió amablemente. Era el guardián del tesoro. El vendedor de esos libros a precio de remate. Me bastó la primera mirada para descubrir antiguas ediciones, empastes conocidos, portadas con diseños que me eran familiares. El impedido librero había ordenado sobre los inabarcables mesones un verdadero caos de ediciones disímiles. Había empastes lujosos y risibles, con títulos que hoy sólo pueden ser soportados con el humor que otorga la distancia: *Unidos por la eternidad. Brindis del encuentro entre el Ejército Rojo y el Ejército Nacional del Pueblo*. Lujoso ejemplar con tapas duras, títulos dorados, papel couché, decenas de fotografías (pésimas fotos) en colores, y los anunciados brindis que hicieron dormir a los comensales de uniforme durante ese olvidable y olvidado encuentro. Ediciones costosas de varios miles de ejemplares, lectura para militares que ni siquiera con ese boato editorial se atrevían con el libro. Pero junto a este desperdicio de papel y de tiempo de gente razonable que no entendía para qué tales libros en un país culto y apasionado por la lectura, estaban las obras completas de Marx y Engels, la famosa

MEGA —*Marx Engels Gesamte Ausgabe*—, cuarenta tomos de empaste azul, cuidadosa edición que utilizan filósofos y sociólogos en todas las universidades del mundo. Yo disponía de esa edición en las muchas bibliotecas a las que tenía acceso, y trabajé intensamente en ella. Si no la adquirí no fue por su costo —en la RDA los libros eran muy baratos—, sino por el problema de espacio que uno tiene con esos cuarenta gruesos tomos en un departamento pequeño. Y ahí estaban rematados a precio de huevo. Y junto a esta magnífica edición, otras obras de filosofía y de historia, textos de Hegel y de Fichte, los estudios de historia romana de Theodor Mommsen, Premio Nobel de Literatura que fuera rector de esa universidad, todo esto mezclado con ediciones lujosas de los informes a olvidados congresos del Partido Socialista Unificado Alemán. Pero si esto me sorprendió, me dio pena ver en el mismo mesón del remate las ediciones de Volk und Welt y de Aufbau Verlag, las editoriales de literatura extranjera de la RDA: *Los premios*, de Julio Cortázar; *Los pasos perdidos*, de Alejo Carpentier; *El Aleph*, de Jorge Luis Borges; novelas de Jorge Amado, de Mario Vargas Llosa, de Carlos Fuentes; una estupenda biografía de Balzac; la obra poética de Baudelaire; incluso algunos tomos de las *Obras completas* de Thomas Mann, de Fontaine, de Musil.

La explicación más pragmática nos dice que luego de la reunificación las editoriales no sólo cambiaron de dueño —pasaron de ser estatales a pertenecer a editores empresarios—, sino que vaciaron sus bodegas. Un lector de una editorial prestigiosa me dijo que los nuevos dueños consideraron que todo lo publicado antes de la llamada reunificación era sospechoso y la gente lo rechazaba por considerarlo literatura dirigida. Hay que reconocer que la gente sabía que era la literatura autorizada por un Estado autoritario. Por un Estado que hablaba indistintamente de democracia popular y de dictadura del proletariado, identificando ambos conceptos en el delirio de su esquizofrenia. Sí, qué duda cabe. Todos esos libros habían sido editados con la graciosa permisividad de un Estado que practicaba la censura. Sin embargo, ¿era todo lo mismo? ¿Son idénticas la retórica castrense de los brindis y la *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel*, por citar sólo uno de los textos de Marx vilipendiados junto a su obra completa en ese mercado de las pulgas? ¿Es lo mismo el informe a tal o cual congreso del PSUA que *La muerte de Artemio Cruz* o *La casa verde*? ¿Y qué significaba esa liquidación —pocas veces fue más apropiado el término, se trataba de una verdadera liquidación de la cultura— en el patio anterior de la propia universidad? ¿Podía ser tan irracional el rechazo a los libros editados en la RDA? Al parecer se mezclan aquí intereses y percepciones distintos. Los nuevos editores, aquellos que pasaron a administrar o

adquirieron esas empresas estatales, previendo esa desconfianza remataron todas las existencias. Había, claro, que contar con eso: la explicable y plausible desconfianza hacia las publicaciones efectiva y, en algunos casos, supuestamente censuradas; el ánimo general de rechazo a todo lo que había sido realizado en los marcos del sistema socialista. Sin embargo, una condena tan a bulto y tan poco selectiva no es menos perniciosa que la aceptación acrítica de cualquier demasía autoritaria, incluso en el campo de la política editorial. Expresa la misma falta de sensatez en el juicio y delata una precaria capacidad de valoración. Al parecer, los grandes cambios están condenados a seguir un movimiento pendular. Una extraña inercia nos empuja hacia un extremo tan opuesto del que queremos alejarnos, que terminamos siendo y haciendo lo mismo. El muro, vecino indeseado y oprobioso de la Universidad, había aplastado en su derrumbe a buena parte de la filosofía clásica alemana, varios Premios Nobel de Literatura, cientos de novelas que los mismos desconfiados de hoy arrebatában con fruición de las librerías hace apenas un par de años. Pero... ¿eran los mismos?

2. Manzanas azules

“Eso que viste en la Universidad no es nada comparado con lo que pudimos ver aquí, en este barrio, incluso en esta misma casa”, me dice Carlos Medina, durante diez años director teatral en el *Berliner Ensemble*; desde hace tres, cesante.

Estamos en su departamento de la Belforterstrasse, en Prenzlauer Berg, uno de los barrios más populares, atractivos, vitales y derruidos del antiguo Berlín oriental. Junto a él está su mujer, Teresa Pole, actriz, colchagüina de pelo retinto y rostro de expresividad trágica, muy teatral en su cuidadosa gestualidad. Ella también, por supuesto, cesante. Pero su condición es más reciente. El *Berliner* rescindió su contrato poco después del ingreso de Honnecker a la Embajada de Chile en Moscú.

Hemos llegado temprano a visitarlos —es un día sorpresivamente lluvioso luego del sol radiante de la víspera— con la intención de no interrumpir mucho rato la familiaridad del domingo. Pero los hijos —que conocí cuando entraban a la escuela y que hoy son jóvenes de barba— han salido, de modo que la conversación se prolonga hasta ya entrada la noche, lo que en el invierno en Berlín ocurre recién empezada la tarde.

“No sólo están en remate las ediciones que se encontraban en las bodegas de las editoriales cuando éstas cambiaron de dueño o de administración —nos explica Carlos Medina—. También los libreros remataron

todo lo que tenían, pues sabían que ya no iban a vender esos libros. Luego de la caída del muro la gente tiraba esos libros por la ventana hacia la calle. En los patios interiores, como el que hay aquí, simplemente los quemaban. Yo me hice de varios, pero fui a buscarlos a otro lado, mal que mal esto pasaba todos los días y en todas partes.”

Le pregunto cómo se explica esa actitud y me dice que la gente estaba demasiado herida. No sólo había decepción; también se sentían agraviados, engañados, estafados. Sobre todo cuando comenzaron los juicios contra los más altos funcionarios del Partido y del Gobierno. Le hago ver lo poco selectivo de ese rechazo y le pregunto si no había en eso también algún temor ante las nuevas autoridades. Me dice que la mayoría de la gente quería deshacerse de todo lo que tuviese algo que ver con el régimen y me cuenta que en la puerta de Brandenburgo y en otros lugares aún se venden en menos de un marco las condecoraciones y medallas con que se estimulaba el trabajo socialista, cosa que pudimos ver algunos días después. Supongo que el miedo a una posible persecución por parte de las nuevas autoridades pudo haber estimulado la reacción de los obsecuentes, cosa también explicable si se piensa en el largo hábito de verdadera prosternación frente al régimen de turno, cosa que existía antes del socialismo y de lo cual éste sacó partido en lugar de generar hábitos de conducta más sanos y más dignos. Pero me insiste en que no puede ser esa la explicación de la verdadera histeria que se desencadenó en esos días. Lo que explicó muchas de esas reacciones fue la sensación de engaño, de estafa, de sinsentido que caía como un manto sobre las vidas de esos miles de seres honrados que habían creído en el esfuerzo, que habían obtenido esas medallas de estímulo a su responsabilidad, que habían comprado y leído esos libros, que habían participado en las mínimas instancias que permitía un sistema que no se caracterizó precisamente por incentivar la participación de los ciudadanos en las decisiones públicas.

“Es que la relación de la persona con el poder era aquí absolutamente distinta a lo que nosotros conocemos —nos dice Teresa con su tono tranquilo y su voz baja educada en los escenarios alemanes—. Ni siquiera tiene que ver con la cuestión de la dictadura. En todas partes las dictaduras no sólo generan temor, sino también rechazo. Aquí la relación con el poder es muy especial. Hay esa famosa anécdota con Goethe que cuenta Beethoven en su diario. *(Beethoven acompaña a Goethe en el momento en que éste va a ser saludado por Napoleón, luego de la batalla de Jena. Napoleón, que acaba de vencer a las tropas alemanas, considera que no puede entrar en Weimar sin presentarse en la casa de Goethe, el europeo más notable de entonces, para presentarle sus respetos. Cuando llega, Goethe, que conocía la razón de la visita, se lanza a los pies de Napoleón en un acto que*

decepciona profundamente el espíritu liberal y altanero de Beethoven.) Aquí te decían desde la escuela cómo debías obedecer y cuánto debías agradecer cada día al régimen que te gobernaba. No sólo lo que tenías que pensar sino también lo que tenías que sentir y lo que tenías que hacer.

Nunca voy a olvidar la impresión que me produjo la primera visita a la escuela de Pablo. Pablito llegó aquí de cinco años y a los seis estaba en el colegio del barrio. Un día me llamaron y tuve una conversación muy seria con su profesora que estaba realmente consternada porque el niño había pintado en clase unas manzanas azules. Según ella, esto sólo podía entenderse como un trastorno psíquico o como una conducta contestataria, de resistencia al grupo, antisocial. Yo le dije que en Chile todos los niños pintan las manzanas del color que se les ocurre, lo que agravó las cosas, pues pensaron, sin duda, que en la propia casa de Pablito estaba el germen de la disidencia.”

Escuchando a Teresa recuerdo que precisamente en el *Berliner Ensemble*, en los días en que ella aún integraba el elenco, se estrenó una obra soviética cuyo tema eran las deformaciones estalinistas y el sentido renovador y libertario del socialismo. La acción reconstruye los días finales de la vida de Lenin y sus esfuerzos por evitar la imposición de las preocupantes concepciones de Stalin. La obra, que se caracteriza por su diálogo lleno de ingenio y de humanidad, agudo y valiente, se llama, curiosamente, *Caballos rojos sobre pastos azules*.

3. Del diario de Mariana

Mientras redactaba estos apuntes pude leer el diario que Mariana, mi mujer, fue escribiendo durante el viaje. Apuntes menos tardíos que los míos, notas sorprendentes durante un vuelo, su silenciosa reflexión en la habitación del hotel o en un descanso durante la visita a una galería. Me pareció que era una mirada más inmediata, más a flor de piel, más encima de la impresión misma que yo intento ahora recuperar mediante el recurso esquivo y veleidoso que es la memoria. Estas páginas aportan la mirada distinta que complementa aquello que deseo rescatar en estos apuntes.

Hacía ya varios días que estábamos en Berlín, pero algo retenía a Carlos, impidiéndole hacer las llamadas de rigor a sus antiguos amigos, a quienes yo desconocía pues eran parte de su pasado. Para mí la vida de Carlos comenzaba el día que nos conocimos y sentía por eso una inquietud

desestabilizadora ante la evidencia de que esto no era así. Existía otro Carlos que había vivido, sufrido, amado y sentido cosas que yo ignoraba. Yo creo que él sentía también un cierto temor, aunque por otras razones. Diez años es mucho tiempo, habían pasado muchas cosas en el mundo, y desde luego la caída del muro... Llegaba a *otra* ciudad; la que él había dejado atrás ya no existía. ¿Y qué pasaba con las personas? ¿Cómo habían sentido, vivido y madurado esta experiencia? ¿Qué había ocurrido con sus amigos, con quienes lo apoyaron, con aquellos que compartieron su exilio? Creo que aquí estaba la razón de su inquietud: el miedo a sentir una distancia con quienes alguna vez estuvieron muy cerca.

Una mañana lluviosa partimos en el S-Bahn rumbo a Berlín oriental. Y aunque éste ya no se llama así, muy pronto nos dimos cuenta de que para los berlineses la antigua división estaba aún muy presente y es prácticamente inevitable en el lenguaje cotidiano. En cosa de minutos, dejamos atrás los edificios modernos y las calles llenas de tiendas comerciales abarrotadas, para entrar en un Berlín más histórico, incluso mucho más bello, donde los edificios antiguos se habían conservado y el tiempo, paradójicamente, parecía haberse detenido. Las únicas señales del socialismo eran unos barrios enormes, de altos edificios, todos iguales, de gusto dudoso, bastante feos si he de ser más honesta, que sin embargo habían servido para dar cierta seguridad a los millones de ciudadanos que nunca conocieron la angustia de no saber dónde vivirían.

Llegamos a Belfolterstrasse 23 en medio de una lluvia torrencial. Tal vez esto contribuyó a entristecer mi ánimo. La calle me pareció lúgubre y terriblemente venida a menos, las huellas de la guerra estaban aún presentes. Nadie había pintado esas casas en muchísimos años. Esta sensación de abandono se agudizó cuando, luego de abrir una puerta gastadísima por el tiempo, entramos al interior de una casa de departamentos y nos encontramos con un espacio de paredes descascaradas y derruidas desde donde partía una escalera de madera, pulida por el uso, que daba a un rellano oscuro y sin gota de claridad. Tuvimos que prender una luz que iluminó la oscuridad sólo un par de segundos, para luego sumirnos de nuevo en la penumbra. Creo que ambos tocamos a esa puerta con miedo.

¿Cómo iba a ser este encuentro?

La sensación de abandono y soledad desapareció como por encanto apenas entramos al interior del hogar de los Medina. El lugar era alegre y hermoso, acogedor y cálido. Teresa y Carlos nos recibieron con mucho cariño, y también su hijo Pablo, un muchacho alto y buenmozo que cuando mi marido abandonó Berlín aún era un niño de siete años que jugaba con su trencito en el living mientras los adultos conversaban sus penurias de

exiliados. Ahora iba saliendo, tenía ya su propio panorama. Nos sentamos entre plantas, antiguas marionetas orientales, máscaras venecianas, afiches y libros, a saborear una taza de café humeante que ya nos tenían preparada junto con un surtido de exquisitas galletas alemanas.

Creo que a ellos les pasaba lo mismo que a nosotros. Durante minutos la conversación giró alrededor de generalidades, preguntando por conocidos comunes, por hijos de los amigos que ya han seguido su propio camino. ¿A sí es que Juanito está estudiando cine? Qué bien, sigue las huellas de su padre. Y la Loreto está en teatro... En realidad nos estábamos sopesando cuidadosamente para no pisar en falso, para no cometer torpezas y ofender al otro. ¿Cómo te ha ido? ¿Así es que escribiste una novela? Miradas dubitativas, sin comentario, midiendo, pesando, calibrando. ¿Les habrá gustado? “Aún no la hemos leído, pero sabemos que te fue muy bien, te felicito, me alegro mucho. Aquí las cosas están muy difíciles. Tú sabes, ha pasado de todo.” Miradas contenidas. Tal vez muchos años de temor a expresar lo que realmente se piensa. El hecho es que la conversación no es abierta, no se ha establecido el diálogo. De repente veo en Teresa un asomo de impaciencia, luego una definición y dice ya segura, e incluso en tono desafiante.

—La verdad es que hace mucho tiempo no vemos a Fulano, nos distanciamos de él porque no pensamos igual. Él sigue defendiendo al antiguo régimen, y *yo* le dije (enfatisa el *yo* para no limitar la libertad de su marido de decir algo diferente): “No sé cómo puedes defender un régimen como ese, un régimen *perverso*”.

Está claro que Teresa no ha leído la novela de Carlos, ni tampoco Carlos M.; ahora me doy cuenta. Ellos compartían nuestra inquietud y ha sido Teresa quien ha roto el hielo.

—¿Por qué dices perverso? —pregunto en tono afectuoso para ayudar a Teresa a explayarse—. ¿Qué quieres decir con esa palabra?

—Sí —continúa Teresa en el mismo tono desafiante, sin percatarse del alivio que he sentido yo al escuchar sus palabras—, es un régimen que hace que las personas se relacionen entre sí en forma perversa, ya verán ustedes. Tenemos mucho que contarles, muchas cosas que ustedes no saben, cosas que han salido a la luz, cosas increíbles. Tal vez después de escucharlos nos entiendan.

Por fin está roto el hielo. Carlos ha captado lo que sucede y con mucho tacto les hace saber que estamos con ellos, que somos amigos, que pensamos igual y que con nosotros no tendrán problemas. Me doy cuenta de que es muy difícil para ellos, gente generosa, criticar a quienes les dieron asilo, pero es más fuerte el amor a la verdad y a la honestidad. No

toleran un doble discurso, aunque al parecer esto ya les ha traído problemas con algunos compatriotas nostálgicos del muro.

Por desgracia supimos a lo largo de esta conversación que también ellos habían tenido problemas con las autoridades actuales, que meten a todos los antiguos comunistas en un mismo saco.

Es Teresa, entonces, con sus enormes ojos negros y voz profunda y pausada, quien nos introduce en el mundo de la Stasi.

Mientras habla, mi mente vuela hacia esas imágenes que hemos visto reiteradamente en la televisión (es el domingo 30 de octubre, faltan pocos días para que se cumplan cinco años de la caída del muro). En la serie documental *Chronics der Wende* vemos todas las noches, cuando llegamos cansados al hotel, a multitud de personas arremolinándose en las cercanías de un muro ya fantasma, saltando ese muro, incontenibles, desbordándose, abrazándose con sus hermanos occidentales, frenéticos de felicidad, mostrando a las cámaras esos pasaportes que nunca antes tuvieron. Ahora lo entiendo mejor.

—Todo lo que se nos dijo sobre el éxito económico del socialismo era falso, era una mentira —nos dice Teresa y siento el dolor en su voz—. Los dirigentes ya lo sabían, hacía ya diez años que lo sabían. El país estaba quebrado. Incluso se prepararon para esto. Todos estaban ya preparados, menos nosotros. Ellos tenían cuentas en Suiza, intereses en empresas extranjeras, conversaciones y arreglos para salir de esto lo mejor parados.

—Pero eso no es nada —nos dice Carlos Medina—. La vida, nuestra vida, espiada a cada minuto, violada nuestra privacidad y nuestros momentos más íntimos. Sabían todo, todo lo que hacíamos, lo que comíamos, cómo nos gustaba hacer el amor, cosas tan pueriles como nuestra preferencia por el pato asado con puré de manzanas, o nuestra última pelea doméstica porque uno de los dos olvidó comprar el pan para aquella comida. Tenían cerros de información, sacos de papeles con informes muy “útiles” para el Estado, como que una noche, después de tomar unas cuantas copas de vino, mi mujer se molestó y llegamos peleados hasta nuestra puerta después de una comida con amigos. Vimos todos esos papeles amontonados en sacos que desbordaban los patios del Ministerio cuando fueron mostrados por televisión. Y esto no era propaganda. Puedes pedir tu ficha y te reconocerás en tus gustos, en tus pequeñas manías, que sólo gente *muy* cercana a ti podía conocer. Puedes hacerlo, Carlos —dice dirigiéndose a mi marido—, y te llevarás la sorpresa de saber cómo personas que creías tus amigos han impedido algún nombramiento o algún ascenso porque dijiste alguna vez, cuando estabas cabreado, que odiabas el pan negro con manteca o que los Trabant eran una porquería que se desarmaba

sola, y por lo tanto eras desagradecido con el *Primer Estado Socialista en Suelo Alemán*, estabas contaminado por el consumismo burgués y la ideología capitalista y por lo tanto no eras *confiable*. O al contrario: tus premios y distinciones obedecían a una razón política, para destacar tal o cual logro, y no se debían en realidad a tus propios méritos, sino a razones de cálculo, dejando en el camino a otros menos *confiables* que tú. Es doloroso leer esas fichas —dice bajando la cabeza—. Pero hace bien.

—Es mejor saber la verdad —interrumpe Teresa—, es mejor que todo salga a la luz para que nunca más... (bajando la voz en aquella forma que tienen las mujeres chilenas en que parece que se están tragando sus palabras en un susurro). ¡Si tú no sabes...! En el último tiempo se agudizó todo esto, había una verdadera paranoia. Funcionarios de la Stasi te asediaban, incluso yo tuve que soportar ese asedio. Un día llegaron a mi casa dos de estos personajes de terno café y muy peinados, con un enorme ramo de rosas. “Son para usted, camarada.” Sorpresa primero, luego desconfianza. “Son para usted, camarada, no se extrañe, se las traemos porque usted es una colaboradora leal. Sabemos de su fidelidad a este Estado que la acogió en su desgracia. Pero lamentablemente no todos son como usted. Por eso queremos que nos ayude.” Desagrado. “No se preocupe, nadie lo sabrá jamás, y no estará haciendo nada malo, por el contrario, les ayudará a volver al buen camino, a ser socialistas de verdad, a ser ciudadanos útiles a la sociedad. Son gente buena, pero están descarriados, son hermanos que necesitan de una mano firme que los vuelva al camino correcto.” Estupor, silencio y luego miedo. ¿Qué hacer? De este país no se puede salir, no tenemos documentos. Tentación a hacer lo solicitado, tentación a la salida fácil que evite los problemas. Al fin y al cabo, sólo quieren guiarlos por un camino que agrade a los anfitriones. Aquí somos huéspedes y les debemos todo.

Pero Teresa lo tenía claro. Reacciona con desagrado y pide a sus inesperados visitantes que se vayan, ella no se convertirá en delatora de sus amigos. ¿Cómo pueden pedirle eso?

—Ustedes actúan por su cuenta —les dije—. Váyanse que voy a informar al Comité Central de lo que ustedes están haciendo. Los rostros de los agentes no se inmutan. “Hágalo, camarada, ya verá cómo ellos dan su aprobación. Nosotros no hacemos nada que ellos no sepan. Le daremos tiempo a pensarlo, usted está ofuscada. Ya verá que lo mejor para todos es que usted colabore.” Despedida muy amable. Asedio posterior. Reacción negativa de Teresa, que es actriz. Papel protagónico esperado y prometido entregado a otra persona.

Lo paradójico es que Teresa no fue despedida del *Berliner Ensam-*

ble durante el régimen que la asedió sin resultados, sino ahora, *después* de la caída del muro.

Hasta aquí el Diario de Mariana.

4. Babel en Berlín

En asombrosa simetría con esa imaginación de Borges que es la Biblioteca de Babel, la Seguridad del Estado, Staat Sicherheit (llamada por la gente Stasi), hizo realidad lo más parecido al fichero perfecto. Si Borges imaginó una biblioteca definitiva en la cual toda existencia, efectiva, probable o virtual, tuviese su correlato escrito y catalogado, la Stasi inventó y puso en marcha un archivo que fue creciendo de manera tan descomunal que su sola exhibición al público —millones de sacos que contenían las fichas de millones de ciudadanos— provocaba reacciones que iban desde la hilaridad a la indignación. La monstruosidad puede livianamente atribuirse a cierta manera alemana de ser, exhaustiva y cuidadosa de la perfección y los detalles, pero creo que más bien marca definitivamente el grado de divorcio entre la voluntad general y el ejercicio del poder, divorcio que en la RDA llegó a ser particularmente tajante.

Claro está que esto no fue así desde un comienzo. Conocí innumerables testimonios de la adhesión y entusiasmo de la gente que saliendo recién de una guerra atroz soñaba con el que parecía, por fin después de tanta destrucción, el cercano paraíso de la paz. Se quería, además, construir un Estado no sólo pacífico sino también justo, sin iniquidades sociales y que terminara para siempre con cualquiera de las formas aberrantes de dominio y desigualdad entre los hombres. Este proyecto concitó el apoyo y la mayoría y la entusiasta adhesión de los artistas e intelectuales más notables de la Alemania de entonces. Brecht se instaló en la ribera del Spree, a metros de la Friedrichstrasse y transformó una antigua fábrica o astillero en el famoso *Berliner Ensemble*, durante tres décadas el teatro con más renombre en el mundo. Felsenstein hizo brillar a la *Komische Oper* y Sanderling y Klemperer a la *Berliner Symphonie Orchestra*. Anna Seghers, presidenta de la Unión de Escritores, invitó a los autores más connotados del planeta a un encuentro en Weimar en el que Thomas Mann pronunció un discurso señero. En 1945, obreros y científicos, escritores y telegrafistas, panaderos y escultores, bailarinas e impedidos por las mutilaciones de la guerra, recogían codo a codo los escombros del Berlín bombardeado y se hacían la promesa de ir poniendo, como un ladrillo sobre otro, los cimientos de una sociedad en la cual valiera la pena vivir. Ninguno de ellos

hubiese podido imaginar que en 1994 el Ministerio del Interior de la República Federal de Alemania les ofrecería una copia de sus fichas en la Stasi.

Entre la enormidad de casos que fueron conocidos al hacerse públicos los informes de la Stasi, uno de los que más me impresionaron fue el de dos destacadas personalidades del medio intelectual. Aunque conformaron un matrimonio muy unido durante largo tiempo, terminan sufriendo el desgaste que éste a veces produce, siendo arrastrados por el peso de la rutina. Ella busca recuperar su vitalidad y la confianza en sus magníficas cualidades cediendo a la posibilidad de una aventura con un alumno brillante y buen mozo que la asedia con una admiración callada y persistente. Es un universitario franco e idealista, una réplica tardía y paradójicamente oportuna del esposo que fue perdiendo estos mismos atributos en la maraña del poder o tal vez sólo en la mirada de su esposa. El marido, por supuesto, no lo sabe, confía en su mujer y comenta con ella sus inquietudes y sus críticas a la conducción que el régimen está haciendo del país. Entretanto, la esposa y su amante empiezan a echar leños en el fogoso romance. Ella ama a su esposo, no quiere hacerle daño, pero la pasión que despierte en ella este amante de virtudes intactas está ahora fuera de su control. En cierta ocasión, le comenta a una amiga que ha pensado incluso en la posibilidad de abandonar a su marido; asedia al muchacho para convencerlo de la conveniencia de vivir juntos; sufre angustiosas incertidumbres; compadece al compañero de toda la vida que sigue conviviendo con su sombra en perfecta y patética ignorancia; está a punto de tomar una decisión drástica cuando sobreviene la caída del muro. Cuando los archivos de la Stasi son abiertos al público, su marido le sugiere que pidan sus fichas. Ella acepta el desafío porque no cree en la efectividad de las escandalosas denuncias de todos los días. Discuten, disienten, finalmente deciden: ambos leerán los archivos; sabrá cada uno lo que se sabe del otro. Así el marido se entera de que su esposa le ha sido infiel. Pero por las fichas se entera además de múltiples detalles escabrosos: cuándo, dónde, en qué forma, qué habían comido y bebido antes de hacer el amor. Supo entonces qué se decían, cómo hablaban de él. Tuvo que recordar una fiesta de la facultad, la noche en que su mujer se demoró demasiado en el baño. Supo que los amantes estuvieron a punto de ser sorprendidos en la sala de profesores por la señora del aseo. Todo esto es terrible, sin duda. Sin embargo, ella se enteró de algo mucho peor: su adorado amante —la mujer aún cree que se alejó de ella por respeto a su esposo, al que decía profesar una fuerte admiración intelectual— era un agente de la Stasi. Cuando hacían el amor, cuando le decía que la amaba como nunca había amado a

nadie, cuando la llevaba a límites que no había conocido, estaba cumpliendo una misión: espiar a su esposo e informar hasta qué punto comprometía la seguridad del Estado. El amante imperfecto hizo llegar a la Stasi un acucioso informe que confirmaba las sospechas crecientes hacia el académico, sospechas que él mismo acrecentó con su relato. Lo último que los esposos leyeron en la línea final de la ficha fue que, por su correcto desempeño, el agente recibió un premio de ochocientos marcos.

Recuerdo que también me conmovió la historia de otro matrimonio de profesionales. En este caso era ella la que disentía del régimen y no hacía mayor misterio de sus críticas, por lo menos en los círculos más íntimos. Sorpresivamente es descubierta y encarcelada. Después de tortuosas gestiones palaciegas se logra conmutar su pena de cárcel por un exilio de plazo indefinido en Londres. Ella nunca logró saber quién la delató. Cuando se abren los documentos de la Stasi siente llegada la hora de satisfacer tan explicable curiosidad y decide presentarse en un programa de televisión para leer su ficha en público. Si había sido público el daño, pública había de ser la reparación, y público también el escarnio para el delator. Además, decide hacerlo para que todos conozcan la verdad y para contribuir en algo a limpiar el aire enrarecido de su país. Está esa noche en la televisión con su marido, que ha querido acompañarla en ese trance. Por primera vez van a conocer su ficha. Ante las cámaras y delante de millones de choqueados telespectadores, se entera de que fue su esposo quien la delató y quien enviaba constantemente informes de sus actividades. Con los ojos llenos de lágrimas, le pregunta: “Si esto no se hubiese descubierto, ¿alguna vez me lo hubieras contado?”. “No. Nunca —contesta el marido—. Sé que me hubiera llevado el secreto a la tumba.” Estuvieron casados veinticinco años y durante el tiempo de cautiverio de su mujer y luego en el más prolongado del exilio, él había dado muestras de ser un esposo fiel y profundamente considerado. Siempre la acompañó en los momentos difíciles, y así lo estaba haciendo también esa noche.

5. Vivir en Berlín

A comienzos de la década, el estado de ánimo de los alemanes más ingenuos era justificadamente eufórico. La caída del muro hacía posible la ansiada (aunque también discutida) reunificación. Ésta, además, se había logrado sin derramamientos de sangre, prácticamente sin que se quebrara un vidrio en las calles de Berlín, convulsionadas pero rigurosamente fieles a una idea muy germana de la disciplina. Esta conclusión positiva

caracterizaba la situación al interior de sus fronteras. En el orden externo la situación no podía ser más propicia para Alemania. Se daban pasos decisivos en la conformación de la Comunidad Económica Europea, pocos dudaban de su potencialidad casi explosiva, menos aún del liderazgo que en esta espectacular multiplicación de los panes tendría una Alemania reunificada. Así se veían las cosas en el primer año de la última década de este siglo tan zarandeado por los alemanes.

Sin embargo lo que vi en los rostros de la gente, lo que escuché en los cafés o en la privacidad de sus casas, lo que leí en los periódicos contradecía este ánimo eufórico. Lo que flotaba en el aire era un sentimiento de frustración que cinco años atrás ni el más pesimista hubiese pronosticado.

Creo que el apagón anímico empezó cuando todos terminaron por reconocer que el pronóstico de los más lúcidos (baste recordar los artículos de Günther Grass) era acertado. En lugar de un proceso de reunificación lo que estaba en curso de manera drástica y sin contemplaciones era una suerte de anexión territorial. Existía el territorio de la RDA, pero no sus instituciones, ni sus leyes, ni sus hábitos, ni su gente. Más tarde se sumó a esta anexión un descubrimiento no menos severo: el liderazgo de la comunidad europea tendría un precio altísimo. Para ganar la batalla de la competitividad tendrían que empobrecerse. Para ganar mercados había que trabajar más, descansar menos, esperar también menos de ese resto de existencia que sigue a una vida entera de trabajo. Los alemanes se encontraron de la noche a la mañana discutiendo las rebajas de sus salarios, de sus vacaciones, de sus pensiones. No sólo era una nación con dificultades serias para entenderse; era además una nación con dificultades crecientes para mantener los niveles de vida alcanzados en décadas de duro trabajo.

Lo que me impresionó más fuertemente en este viaje fue ver la segregación de que se había hecho objeto a mis amigos. Excelentes cate-dráticos, dramaturgos y directores del departamento de drama de la Radio, actores, periodistas, escritores y ex funcionarios que se habían sumado a la marea humana que estalló en Berlín, a esa inmensa ola de protesta que demolió el muro, eran ahora puestos en tela de juicio, juzgadas por quienes hicieron muchísimo menos que ellos para terminar con el viejo sistema, condenados a la inactividad o a nuevas designaciones humillantes.

Cuando la Unión Soviética aplastó la Primavera de Praga, destituyó a Dubcek y lo rebajó de su condición de Jefe de Estado a la de jardinero del Parque Nacional. Antes, la revolución China había condenado a Pu-Yi — el emperador que gozó durante su infancia de un poder absoluto sobre millones de personas sin haber salido nunca del palacio y sin haber visto

jamás a nadie que no viviera en él— a idénticas e involuntarias prácticas de jardinería. Stalin ejerció una arbitrariedad sin límites que se expresaba con frecuencia en escarnios de este tipo. ¿Había que esperar lo mismo de quienes llegaron a la RDA enarbolando los argumentos de la tolerancia y de la libertad?

El hecho es que muchos catedráticos fueron trasladados a desempeñarse en agencias de turismo o como guardias o guías de museos. Me contaron que el ex rector de la Universidad Humboldt sufrió esa experiencia, pues se desempeñó como guía turístico en el mismo Berlín. Me cuesta imaginarlo diciendo a los pasajeros de un bus, micrófono en mano:

“Este es el antiguo edificio de la Universidad Humboldt. Aquí dictaron sus cátedras Wilhelm Friedrich Hegel, Karl Marx, Theodor Mommsen, Albert Einstein, Max Planck, y este servidor que hasta el año pasado era Rector de la Universidad.”

A pesar de todo, Berlín sigue siendo una ciudad vital, un explosivo mosaico de nacionalidades y de culturas; una urbe solidaria y al mismo tiempo alarmada por la creciente población de inmigrantes que llegan desde los cuatro puntos cardinales, huyendo de las guerras, de las dictaduras, de todas las miserias. Como dicen los pocos lúcidos que advirtieron con mucha antelación los males de hoy, de esta diversidad y de la tolerancia que la hace posible dependen la creatividad, la pujanza y la personalidad de esa Alemania del futuro a la que todos prefieren admirar, pues nadie la quiere temer.